Paleografía
Isauro Rionda Arreguín
Amor Mildred Escalante

CON MOTIVO DE LA CELEBRACIÓN DE LOS 250
AÑOS DEL NATALICIO DE DON MIGUEL HIDALGO
Y COSTILLA, PADRE DE LA PATRIA, SE PUBLICA
ESTA EDICIÓN Y SU DISTRIBUCIÓN SERÁ GRATUITA,
SIENDO SU FINALIDAD LA DIFUSIÓN

«Año de Don Miguel Hidalgo y Costilla.
Padre de la Patria»

EPOCAS DE LOS PRINCIPALES SUCESOS DE MI VIDA

GOBERNADOR DEL ESTADO DE GUANAJUATO
Lic. Juan Carlos Romero Hicks.

SECRETARIO DE GOBIERNO
Ing. Gerardo Luis Rodríguez Orozco

ENCARGADA DEL DESPACHO DE LA SUBSECRETARIA DE GOBIERNO
Y DIRECTORA GENERAL DE GOBIERNO Y SERVICIOS JURIDICOS
Lic. Rosa María Cano Melgoza

DIRECTOR DEL ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO
DEL ESTADO DE GUANAJUATO
Mtro. Isauro Rionda Arreguin

Lucas Alamán

Epocas de los principales sucesos de mi vida

Paleografía
Isauro Rionda Arreguín
Amor Mildred Escalante

Coordinación
Isauro Rionda Arreguín
Susana Rodríguez Betancourt

Captura y Revisión de texto
Amor Mildred Escalante

Selección de portada
Julio César Reyes Aquino

Con motivo de la Celebración de los 250 Años del Natalicio de Don Miguel Hidalgo y Costilla, Padre de la Patria, se publica esta edición y su distribución será gratuita, siendo su finalidad la difusión.

©Archivo General del Gobierno del Estado de Guanajuato, 2003
Alhóndiga e Insurgencia N°1
Centro 36000 C.P.
Guanajuato, Guanajuato
473 732 02 28 / 732 10 52

Impreso y hecho en México

Epocas de los principales sucesos de mi vida

Introducción

Magnífico estadista y excelente historiador, Lucas Alamán escribe en estas páginas su autobiografía, que mejor fuente para conocer su vida, que de su puño y letra.

Este documento, localizado en el Archivo General del Gobierno del Estado de Guanajuato, es fotocopia del original que se encuentra en la Universidad de Texas, en la Benson Latin American Collection. Fue preparada la paleografía para esta edición, por el maestro Isauro Rionda Arreguín y por quien suscribe esta líneas, ya que aún no se conoce publicación de esta autobiografía.

Introducida por una pequeña semblanza del también reconocido guanajuatense Manuel Leal, forman estas páginas la vida de don Lucas Alamán, poco conocida a pesar de su gran importancia histórica.

Nacido en estas tierras, el Archivo General se honra en darla a conocer, ya que fue uno de los principales testigos de la guerra de Independencia, en donde vivió la toma de la Alhóndiga de Granaditas el 28 de septiembre de 1810, a partir de la cual comenzó a tomar nota e interés en escribir, en "indagar la verdad y presentarla con toda la severidad que las leyes de la historia lo exigen".

El mismo Lucas Alamán, lo expresa así en una carta enviada al duque de Monteleone, la publicación de la "Historia de México y Disertaciones", ha sido para variar completamente el concepto que se tenía a fuerza de declaraciones revolucionarias sobre la Conquista, dominación española y modo en que se hizo la Independencia.

Aunque Alamán no tenía especial admiración por Miguel Hidalgo, reconoce sus habilidades y aciertos, haciendo de ésta manera, una historia sobre la Guerra de Independencia con

gran certeza, ya que además de ser testigo presencial, se basa en documentos de archivo y en voces de sus contemporáneos y amigos.

No hace falta glorificar a don Lucas Alamán, lo hace por sí solo con sus acciones; aunque en ocasiones se puede observar en sus obras sus sentimientos e ideología, se le reconoce por sabedor de todo lo relacionado con su país, gracias a su capacidad, interés y espíritu autodidacta.

De esta manera, podrán leer ustedes de su propia mano, los acontecimientos y obras que lo llevaron a ser ese personaje tan importante para la historia de Guanajuato y de México.

Amor Mildred Escalante
Septiembre de 2003.

Breve Semblanza de Don Lucas Alamán

Quizás no sea posible lograr, por nuestra mala pasta humana, una equidad absoluta, una pureza limpia de toda mácula pasional, al pretender enjuiciar un hecho histórico, pero si encuentro lamentable que en una obra histórica se deje al descubierto la burda urdimbre del dolo o del sarcasmo cuando se trata de rememorar los hechos de un hombre de la talla del señor Alamán.

A los errores o deficiencias que pudo tener este insigne personaje, y que son inherentes a todo hombre público que tiene en sus manos destinos de vital trascendencia, su luminosa vida está saturada de hechos reveladores de una profunda sabiduría, de una inmaculada honradez y de un hondo sentido patriótico, que flotan gloriosamente sobre las encrespaduras de inmundicia con que se ha pretendido enlodarlo. Las bajas pasiones han rastreado hasta meterse a imputarle impurezas de origen sin ningún fundamento serio y si incurriendo en seria falta, ya que el Código Penal estima como punible delito la imputación de paternidades infundadas o que lesionen el honor de un ciudadano.

A todas las debilidades o imperfecciones en la actuación pública de este ilustre personaje, hay un pequeño, un ligero incidente, cuyo resplandor las obscurece hasta perderlas: es la poco conocida expresión de un miembro del Senado Norte Americano, cuando regocijadamente exclama: "HA CAIDO ALAMAN... ES NUESTRA TEXAS", lo cual demuestra perogrullezcamente que Alamán era el obstáculo para lograr este fatal propósito.

Desdeñando, pues, una frase que dijo, una actitud fuera de

tono o alguna expresión que se le imputa, descubramos en breves palabras quién fue este insigne personaje, que quizás en otro país estuviera en el ápice de la veneración.

Vino al mundo don Lucas Alamán el 18 de octubre de 1792, siendo sus padres don Juan Vicente Alamán y doña María Ignacia Escalada. Inició sus estudios en el Colegio de la Purísima Concepción (hoy Universidad de Guanajuato), distinguiéndose en las asignaturas de Matemáticas y Lenguas Griega y Latina. Fue presencial testigo de la incipiente etapa de horrores de la Guerra de Independencia, de la cual Guanajuato fue ciudad mártir, ya que aquí se desarrollaron los más sangrientos episodios de este período que dejó perenne e indeleble huella en su memoria.

Su anhelo de saber lo impulsaron fuera de su lugar natal radicándose en la ciudad de México, donde le cupo la suerte de tener por maestros a insignes sabios, muchos de los cuales habían sido orientadores del barón de Humboldt. Entre estos maestros que tanto influyeron en su perfeccionamiento, figuraban don Andrés del Río y don Vicente Cervantes.

El año de 1814 emigra a España y recorre en intenso viaje de estudio los centros de más intensa vida cultural en Europa, destacándose briosamente en todos lo centros de estudio donde tomó refugio, tocándole presenciar el derrumbe del imperio napoleónico, a quien conoció personalmente. El barón de Humboldt, que le profesaba una singular estimación, lo presentó con muchas de las más salientes figuras representativas de infinidad de disciplinas científicas. A su regreso a México, tras ocupar el puesto de secretario de la Junta de Salubridad Pública, por influencia del conde del Venadito, él mismo le gestionó el salir diputado a cortes a Madrid, por la provincia de Guanajuato. Durante su permanencia en la villa y corte editó dos interesantes folletos: uno sobre minería, que mereció todas las aprobaciones de las respectivas autoridades; el otro, más peligroso, sobre las causas de los pueblos americanos para obtener su Independencia. Lograda ésta, regresa a México, advirtiendo la agonía económica en que su país había caído después de los once largos años de guerra, sobre todo su amada minería que encontró, sobre todo en Guanajuato, en estado agónico, casi paralizadas sus antes florecientes negociaciones mineras, comprendió la necesidad de reanimar el caótico estado económico

de nuestra minería. Con ese propósito regresó a Europa, fracasando sus gestiones en Francia, pero logrando en Inglaterra constituir una compañía que aportó seis millones de pesos, que estimularon a otras empresas a invertir cuantiosas sumas que inyectaron gran vitalidad a México.

Cualquier error, cualquier omisión o desacierto, enfoque único en que reparan sus detractores, quedan desapercibidos ante hechos de enorme trascendencia para la vida de México. Lástima que el cortísimo espacio de que dispongo no me permita seguir paso a paso los accidentes de su vida política, pero recordemos que fue el organizador del Archivo General de la Nación, base fundamental de historia; que fue el fundador del Museo Nacional, el creador de la gran industria nacional, cimentando las grandes industrias textiles, la primera empresa ferretera, notables ensayos de introducción de nuevas especies animales, fundador de la litografía en México y verdadero dique ante la absorción del imperialismo norteamericano, y su labor de historiador medular y honesto.

A grandes rasgos he procurado marcar los más salientes perfiles biográficos de uno de los hombres más extraordinarios que ha dado México y, al mismo tiempo, uno de los más injustamente apreciados por pareceres saturados de falsía dimanados de partidos sectarios, que es preciso rectificar para la salud del limpio espíritu de justicia que debe amparar a todo dictamen histórico relacionado con nuestra Historia Patria.

Manuel Leal

Nací en Guanajuato en 18 de octubre de 1792 hacia medio día. Fueron mis padres don Juan Vicente Alamán y doña María Ignacia Escalada, que estuvo casada en primeras nupcias con don Gabriel de Arechederreta. Mi padre era natural de Ochagavia en el Valle de Salazar en Navarra, de familia decente y honrada; mi madre descendía del marqués de San Clemente, una de las principales casas de Guanajuato. Su genealogía está entre los papeles de información de nobleza de mi hermano el doctor don Juan Bautista Arechederreta y en los de la testamentaría de dicho marqués.

Además de este hermano, tuve otra hermana mayor, nacida del mismo matrimonio que yo, doña Luz. Del nacimiento de mi hermano, de otro de los tres que fuimos, hubo diez años de intervalo. Otra hermana también mayor, doña Agustina, murió en la infancia. Con mi nacimiento se estrenó la casa que mi padre construyó en la plaza de Guanajuato, en la Cuesta del Marqués.

Aprendí a leer en la amiga de doña Josefa Camacho, en la calle de los Positos, en dicha ciudad de Guanajuato y a escribir en la escuela de Belén con el padre fray José de San Gerónimo. Mi padre costeó el levantar el piso de dicha escuela, por agradecimiento a la enseñanza que en ella recibí.

Recuerdos de mi antigua familia en Guanajuato. La Cuesta y callejón del Marqués en la plaza, entre los cuales queda la casa que construyó para su habitación el marqués de San Clemente,

casa que después fue del conde de Valenciana, luego de las señoras Irizares y por fin del Gobierno del Departamento. El camarín de Nuestra Señora de Guanajuato, ahora bautisterio de la parroquia, que construyó el mismo marqués para su entierro y el de su familia, en donde están todos mis parientes difuntos.

Las minas de Cata y Mellado, que fueron de su propiedad; las haciendas de San Clemente, de donde tomó su título, y las de Dolores y San Gerónimo, que fueron suyas. El callejón de San Jacinto, por el nombre de mi bisabuelo don Jacinto Madroñero, junto a la hacienda de San Pedro, que fue suya. Los blandones de plata de la parroquia que dicho don Jacinto dio a Nuestra Señora de Guanajuato y otras muchas cosas que quedan de aquel tiempo.

Estudié Latín con el preceptor don Francisco Cornelio Diosdado, que me dio un certificado muy honroso en 17 de septiembre de 1805, a consecuencia de la oposición o acto que tuve el 6 del mismo mes.

Antes hice un viaje a México con mi familia, por efecto de la reconciliación que hubo entre mi padre y mi hermano del primer matrimonio, después de un pleito muy reñido por intereses.

Estudié después Matemáticas en el Colegio de la Purísima Concepción de Guanajuato, siendo mi catedrático don Rafael Dávalos, el que fue fusilado por orden del general Calleja en noviembre de 1810. Tuve un acto muy lucido en compañía de don Juan Méndez.

Mi padre me aplicó a la minería, llevándome todos los días a aprender el beneficio de metales en la hacienda del Patrocinio de Nuestra Señora de Guanajuato, que era suya y que él construyó, y frecuentemente a la mina de Cata, que trabajaba en compañía de otros parientes míos, en la que gastaron entre todos, más de trescientos mil pesos, de los cuales puso mi padre, cosa de sesenta mil. Por esta mi primera ocupación y haber sido todos mis abuelos maternos mineros, me vino la afición que he tenido siempre a este ramo.

Habiéndose casado mi hermana con don Manuel Iturbe, mayor del batallón provincial de Guanajuato, acompañó a su marido cuando fue nombrado gobernador de la colonia de Nuevo Santander (hoy departamento de Tamaulipas), con cuyo motivo mi padre me mandó a visitarla en fin de 1807, con don Juan José Iriarte, sujeto

principal de aquel país. Con este motivo me hallaba allá cuando falleció mi padre, en mayo de 1808.

Regresé entonces a Guanajuato con mi hermana. Se hicieron los inventarios y me tocaron por mi herencia paterna, unos sesenta mil pesos.

Siguió la casa en giro en compañía de todos los interesados, girándola don Gregorio de Gaviña, asociado con interés, dependiente por quien mi madre tenía mucha predilección. Mi hermano Arechederreta, que estaba avecindado en México, vino a Guanajuato a ver a mi madre con este motivo, y a poco tiempo fuimos toda la familia a México, ciudad de que mi madre gustaba mucho; acababa de suceder la prisión del virrey Iturrigaray y todos los sucesos ruidosos de 1808.

En México comencé a aprender francés, en casa del librero don Manuel del Valle, calle de Tacuba número 24, con sus hijos y seguí cultivando el dibujo, en que había comenzado a ejercitarme en Guanajuato. De vuelta allá, llevé algunos libros y mi padre había dejado muchos.

Seguí estudiando por mí mismo, con Méndez las Matemáticas por Besout, me dedique a la lectura de los clásicos latinos con el auxilio de las ediciones *ad usum delphinis*, al dibujo con el maestro don Guadalupe García y a la música aprendiendo la guitarra, todo por mi propia afición y sin dirección de nadie, y me ocupaba de los asuntos de casa, especialmente de minería.

Cuando la revolución del cura Hidalgo de 1810, fueron asesinados todos los dependientes de casa y los que quedaron vivos, fueron presos. Tuve que correr con todos los asuntos de casa; corrí mucho riesgo de que me maltrataran los indios del cura Hidalgo, que me tuvieran por gachupín.

En diciembre de 1810, vine a México con toda mi familia, abandonando a Guanajuato por la revolución. Vivimos primero en el callejón de Santa Clara número 9 y luego en la Calle de Cadena número 5. En México seguí los cursos de Química y Mineralogía del Colegio de Minería, el primero con don Manuel Cordero, el segundo con don Andrés del Río, que me dieron un certificado muy honroso ante el Tribunal General de Minería en 11 de noviembre de 1813. (Física había estudiado yo solo en Guanajuato por Brisson). Estudié también Botánica con don Vicente Cervantes

que me dio certificado en 30 de noviembre del mismo año y el trato muy frecuente con dichos señores Cervantes y del Río, me inspiró la afición a las Ciencias Naturales. Para ejercitarme en el cálculo aplicado a la geometría, resolví todas las cuestiones de cristalografía de Hany, haciendo enconadamente todos los cálculos. El trato con don Rafael Jimeno, director de pintura de la Academia San Carlos, me hizo ansiar por hacer un viaje en Europa, a lo que contribuyó también la lectura del viaje de Pons, obra que tenía mi padre. Para prepararme a viajar, además de estos estudios, me dedique a perfeccionarme en el francés y estudié el inglés con los hijos de Valle y yo solo el italiano.

Se resolvió mi viaje a España en compañía del señor don Tomás González Calderón, regente de esta audiencia y muy amigo de mi familia, que fue nombrado ministro de la gobernación de ultramar, y frustrado el viaje del señor Calderón, fui recomendado al doctor don Victorino de las Fuentes, cura de Irapuato, que fue de diputado a las Cortes. Salimos en convoy en enero de 1814, nos embarcamos en Veracruz en el bergantín español mercante general Peregnon, nos detuvimos unos días en La Habana y llegamos a Cádiz el 30 de mayo del mismo año, día de San Fernando. Cuando ya Fernando VII había disuelto las Cortes. Don Victorino se fue luego a Madrid; yo me detuve cerca de un mes en Cádiz y salí para Madrid deteniéndome algunos días en Sevilla para ver con Pons en la mano, las curiosidades artísticas de aquella ciudad, y lo mismo hice en Córdoba.

Llegué a Madrid en fin de julio y allí conocí a muchos de los diputados americanos y a otros paisanos míos, especialmente a don Pablo la Llave y don Miguel de Santa María, quienes me presentaron en casa del marqués de Villafranca. Conocí también a don Casimiro Gómez Ortega y don Mariano de la Gasca y otros profesores distinguidos de Ciencias Naturales. Visité los sitios reales y el 8 de septiembre de 1814, oí misa en El Escorial.

Emprendí mi viaje a Francia en octubre del mismo año y entré en Francia el día de mi santo. El viaje lo hice por Burgos, Victoria y Tolosa y seguí a París por Burdeos: llegue a París en principios de noviembre. Ahí conocí al célebre padre Mier y por su recomendación al señor obispo Gregoire en cuya casa vi a muchas personas que hicieron papel en la revolución, así como en casa del

conde de Montmoreney Nicolás, a muchos personajes de la restauración. Cursé Física con Biot, Química con Hernard y Mineralogía con Harry y asistí de noche a las sesiones del Ateneo. Me empecé a ocupar del estudio del alemán.

Vi entrar a Napoleón de regreso de la isla de Elba y con motivo de la guerra que esto causó me fui a Inglaterra, embarcándome en Dieppe, el día 25 de abril de 1815. De paso vi a Rouen y demás ciudades del tránsito. Me llevé conmigo a mis expensas al padre Mier para no dejarlo a perecer en París, donde no tenía recursos ningunos.

Pasé en Inglaterra todo el verano de 1815. Recorrí la parte principal de la isla y la Escocia y volví a París en noviembre del mismo año desembarcando en Calais y viendo en el tránsito a Amiens y Beauvais.

Conocí en París en casa de monsieur Delametairie, profesor de Mineralogía en el Colegio de Francia, a monsieur Colombelle y convenimos en hacer un viaje juntos en Italia.

Salí de París en fin de marzo de 1816, fui por Nevers y Moulins a Lyon, pasé a los Alpes por el Mont Cenis que estaba cubierto de nieve y llegué a Turín el 16 de abril; pasé luego a Génova y de allí a Milán viendo al paso el campo de batalla de Pavia y el de Marcuyo y llegué a Milán en fin de abril. Salí de allí el 14 de mayo y pasando por Lodi, Piacenza, Parma y Modena, fui a Bolonia en donde me detuve hasta el 27 de mayo que salí para Florencia, a donde llegué el 29. En el mes de junio hice un viaje por toda la Toscana hasta Lucca y Diorna y de vuelta a Florencia pasando por Siena, fui a Roma y llegué tres días antes de San Pedro para ver la función del santo.

En Roma conocí y traté mucha gente principal, especialmente al cardenal Gonzalvi, ministro de Pío VII y al cardenal español Bardají y de otros sujetos, al príncipe Stanislavo Poniatovski, sobrino del último rey de Polonia.

Visto todo en Roma y sus inmediaciones, me separé allí de Colombelle y me fui solo a Nápoles pasando por las lagunas Pontinas y Capua, y llegué a Nápoles el día 25 de septiembre. Me detuve ahí y en sus inmediaciones hasta el 7 de noviembre que me volví a Roma.

De vuelta a Roma me encontré allí con don Francisco Fagoaga

y seguimos ya viajando juntos. Mientras Fagoaga fue a Nápoles y Sicilia, yo hice un viaje por la Romagna, pasando por Spoleto, Ancona, Ravena, a Bolonia, de aquí me volví a Roma por Florencia, todo en febrero y marzo de 1817.

Salí nuevamente de Roma, habiendo ido Fagoaga a Florencia que no había visto, en principio de julio de 1817 y nos reunimos en Bolonia. De allí fuimos juntos a Ferrara a donde llegamos el 13 de julio, pasamos allí el Po y fuimos por Rovigo a Padua y Venecia, de donde salimos el 21 de julio y recorriendo las ciudades principales del reino Lombardo-Veneto como Verona, Vicencia y Mantua, volvimos a Milán. Allí me trató con mucha distinción el gobernador general del reino, conde de Saurán. Fuimos a ver el lago de Como y el 17 de agosto salimos para Suiza por el Lago Mayor y camino del Simplón. Estuvimos en Ginebra de donde salimos el 30 de agosto, para ver los montes de hielo de Chamouny; recorrimos las montañas de Suiza, las fuentes del Rhin y siguiendo la rivera izquierda de este río fuimos hasta Maguncia, de allí a Francfort sobre el Mein, en donde nos separamos el día 20 de octubre de 1817, que Fagoaga se fue a Francia y yo me dirigí a Sajonia.

Para este viaje de Alemania, me preparé en Roma donde no solo me ocupé de la literatura italiana, sino también de estudiar alemán.

Pasando por el campo de batalla de Gena y por Weimar y Leipzing, cuyo campo de batalla visité. Fui a Dresde, de allí a las minas de Freyberg, donde me ocupé con mucho empeño de ellas.

De vuelta a Dresde fui a Prusia, vine a Berlín donde hice conocimiento con Alvaro de Liano y el señor Leopoldo de Buch, célebre naturalista, y salí de allí el día (...) del año de 1818. Fui a ver las célebres minas del Mainz y las universidades Gottingen y Marburg y pasando por Cassel volví a Francfort y Maguncia.

Bajé el Rhin hasta Colonia y allí a (...) la Chapelle y Maestricht a donde llegué el 14 de febrero de 1818.

Hice enseguida un viaje en las principales ciudades de Holanda y Países Bajos y volví a París, a donde llegué el 21 de marzo.

En todos estos viajes hice conocimiento con los hombres más distinguidos en las Ciencias Naturales, especialmente en Ginebra con el célebre botánico Decandolle, a quién después mandé muchas plantas secas del departamento de Guanajuato, por lo que en su

Reyni Vegetalis systema naturale, hay en la familia Serigeneria tantas especies con mi nombre.

En París seguí ocupándome de mis antiguos estudios y emprendí el del griego, siendo mi maestro Constantino Nicolopulo, griego empleado en la biblioteca del Instituto que es la que yo más frecuentaba.

En este año recibí la noticia de la quiebra en México de don Juan Manuel Bustillo, en cuyo poder estaban todos los intereses que mi casa había salvado de la ruina de Guanajuato y se perdieron en dicha perdida que fueron cosa de noventa mil pesos. Esto me hizo pensar en aprovecharme de los estudios que había hecho, tratando de plantear en México el método de apartado de oro y plata, por medio del ácido sulfúrico, que se seguía en Francia y de que se hacía en secreto. Sabiendo el contratiempo que había tenido don Bernardino Rivadavia, enviado de Buenos Aires en París, me ofreció que fuese a la América del Sur a dirigir la Casa de Moneda y minas del Potosí, que como todo el alto Perú, estaba bajo la dependencia del Buenos Aires, lo que rehusé.

Para realizar mis miras, resolví volver a España y al efecto salí de París el día 22 de abril de 1819, pasando por Burdeos y llegué a Bayona el 9 de mayo. Más de allí ir a visitar a los parientes de mi padre en Navarra y por Roncesvalles, de cuya abadía era superior mi tío don Juan José Berradé. Fui a Ochagavia y demás pueblos del Valle de Salazar y enseguida a Pamplona, Tolosa, donde me embarqué en el Canal Imperial y fui por él a Zaragoza, y de allí por Darvia, Guadalajara y Alcalá a Madrid a donde llegué el 4 de julio.

Entablé mi solicitud, apoyándola en los grandes servicios hechos por mi casa a la minería, según certificado que consta en el legajo número 1 de mis papeles personales y dejando el negocio en buen estado, me volví a Francia para acabar de asegurarme bien en el método de apartar y volverme a México con la familia de don José María Fagoaga. Obtenida licencia del Consejo de Indias y pasaporte del gobierno, salí de Madrid el 12 de noviembre y llegué a París en fin del mismo mes. Recogí todas las noticias que necesitaba y que me facilitó monsieur Gillet de Lamount, me proveí de ácido sulfúrico y crisoles, empleé el dinero que me sobraba, que fueron unos dos mil pesos en una ancheta de cosas de modas,

primera especulación mercantil que hice y salí para El Havre el 9 de diciembre. Me embarqué con la familia Fagoaga en el bergantín francés L´Amitié y llegamos a Veracruz el 27 de febrero de 1820, habiéndonos dejado entrar, no obstante que entonces no venían buques extranjeros y la pacotilla se desembarcó como equipaje y se vendió muy bien en México.

En esta ciudad supe la nueva revolución promovida en España por Riego [sic] Quiroga; recibí del nuevo gobierno institucional, una comisión para visitar el apartado, fui nombrado diputado para las Cortes de España (antes lo fui por el virrey conde del Venadito, para miembro de la junta de sanidad) y dejando contratado mi casamiento con la que después fue mi esposa, salí para Veracruz en diciembre de aquel año.

Me embarqué para La Habana en enero de 1821 y de allí para Burdeos en la fragata Tres Hermanos. Por mal tiempo, desembarqué en la Rochelle y seguí por la carretera de Bayona y Burgos a Madrid a donde llegué en principio de mayo. En este viaje me acompañó don Francisco Escobar. Presté juramento en las Cortes el día 2 de mayo en que fue asesinado el canónigo Grimera, cura de Samajón.

La parte que tuve en los sucesos políticos relativos a la Independencia, consta en los números del siglo XIX, de julio y agosto de 1843, en discusiones que tuve con Gómez Pedraza. Además de esto promoví y obtuve el decreto bajando lo derechos a la minería y declarando libre el apartado. Lo primero subsiste todavía y la minería disfruta este inmenso beneficio que yo le proporcioné. Lo segundo, lo ha quitado el general Santa Anna, siendo éste, uno de los muchos desatinos que ha hecho, restableciendo el apartado por cuenta del gobierno y dándole la dirección a un charlatán ignorante.

Concluidas las Cortes (durante las cuales obtuve también que mi hermano Arechederreta, fuera nombrado canónigo de México) resolví volverme a Francia, para embarcarme allí para México. Don Juan Antonio Yandiola, que fue diputado conmigo y que con sus amigos iba a entrar en el ministerio, me ofreció buenos empleos para quedarme en España, pero no obstante salí para París el día 1° de marzo de 1822. En el camino hice conocimiento con don Manuel Eduardo Gorostiza, que iba en la misma diligencia que yo.

El 11 de marzo llegué a Irún, y pasando el Bidaza, me hicieron estar tres días en el Lazareto y de allí fui a Bayona y emprendí un viaje por la parte de Francia que no había visto; por Pau, Tolosa, donde me embarqué en el canal de Languend de Carcasona, Montpellier, Aix, Marsella, Avignon y Lyon, de donde remontando el Saona, fui por Dijón a París a donde llegué en abril. Escobar se fue poco después a Inglaterra.

Durante mi permanencia en París, el Barón de Humboldt me recomendó a un monsieur Andriel, aventurero que quería venir a México, y este conocimiento me hizo formar relaciones que condujeron al establecimiento de la compañía Franco-Mexicana de Minas, que trasladada a Londres tomó el nombre de Anglo-Mexicana, formándose un capital de seis millones de pesos. Este ejemplo fue seguido por otros y de aquí vinieron cosa de veinte millones de pesos a poner en giro la minería, otro beneficio que me debe mi país.

Con las esperanzas que me inspiraba este negocio y una ancheta mayor que la anterior, salí de París para El Havre el 5 de noviembre y me embarqué con varios amigos diputados en el bergantín Navorrusi, malísimo y muy pesado buque.

El conocimiento que yo y los Fagoagas habíamos hecho por presentación del Barón de Humboldt con el príncipe de Polignac, que después ha hecho tanto papel y que desde entonces gozaba de mucho influjo, nos proporcionó la orden que trajimos del ministerio de marina para que un buque de guerra francés nos escoltare desde la Martinica, y mientras el buque se disponía (que fue el bergantín "Gemi"), el gobernador general, conde don Jehez, nos trató con mucho obsequio.

Llegamos a Veracruz en marzo de 1823 y encontré la revolución emprendida para destronar a Iturbide, que se llamó el Plan de Casamata. Conocí allí al general Victoria que me pareció un gran mentecato, y seguí para Puebla, donde supe el progreso de la revolución y en San Martín su consumación, con la caída de Iturbide, restablecimiento del Congreso y establecimiento del Poder Ejecutivo Provisional.

El día 12 de abril de 1823 me nombró el Poder Ejecutivo, Ministro de Relaciones Exteriores e Interiores. Entré en los Cívicos que se tenía entonces empeño de fomentar. Se me exigió

responsabilidad por el diputado Rejón, por haber señalado sueldos a los jefes políticos y la proposición fue desechada por unanimidad en la sesión del Congreso de 14 de octubre. Renuncié al Ministerio en 7 de noviembre, explicando las razones que tenía para hacerlo en nota del 5 del mismo y el día 6, hicieron los empleados en la secretaría una representación para que no se me admitiese la renuncia, que es la calificación más honrosa del modo en que serví al Ministerio, y el día 8 les contestó el Poder Ejecutivo, que no me admitía la renuncia, como me lo había dicho ya desde el 5, de manera muy honrosa.

El 31 de julio de este año de 1823, me casé. A resultas de la revolución de Lobato, renuncié nuevamente y se me admitió en 25 de enero de 1824. En 21 de febrero del mismo año, me comisionó el Tribunal de Minería para hacer sincera cuenta de las monedas, por una diferencia que se notó en Londres.

En 13 de mayo del mismo año se me volvió a nombrar para el Ministerio de Relaciones y el oficio que me dirigió el gobierno firmado por don Pablo la Llave, es una prueba de la estimación que se hacía de mis servicios y, de la falta que de éstos hicieron al gobierno en los meses que estuve retirado de la secretaría.

El 8 de junio de 1824, un tal Reyes, dirigió una acusación contra mi, al Congreso del Estado de México, de que no se hizo caso ninguno. Con licencia que se me concedió en 7 de septiembre, fui a Guanajuato para negocios de la Compañía Unida de Minas y contraté la habilitación de varias minas, entre ellas la de Rayas y en 3 de noviembre me pasó oficio el ministro Esteva, recomendándome volviera pronto. En diciembre de este año, murió mi madre.

No pudiendo permanecer más en el Ministerio con el presidente Victoria, que había puesto todo el gobierno en manos de la facción llamada de los yorkinos, renuncié y se me admitió la renuncia en 27 de septiembre de 1825, y entonces fui a Guanajuato, Zacatecas y Sombrerete. Antes de mi salida los individuos y fautores de aquella facción que estaban empeñados en perseguirme, me acusaron en el Senado, siendo el órgano de la acusación don Juan de Dios Cañedo; la acusación fue por haber nombrado vicecónsules en los puertos extranjeros. Otra acusación más ridícula aún, hizo un senador por Tamaulipas, el doctor Fernández. En la sesión de

12 de enero de 1826, declaró el Senado no haber lugar a responsabilidad, votando en contra los senadores de la facción yorkina, entre ellos un pariente de mi mujer.

Otra acusación hizo contra mí en el Senado, un don Miguel Cavaleri, obscuro partidario de Iturbide, que no se siguió.

En enero de 1827, me nombró el gobierno para formar un plan de Instrucción Pública, cosa tantas veces intentada y nunca ejecutada (todo esto se halla en el cuaderno de documentos número 3).

En todo este período desde que me separe del Ministerio en 1825, me ocupé de los negocios de la Compañía Unida de Minas, haciendo varios viajes en los minerales; de todo lo cual hay noticia en los informes que dejé a los directores en Londres, que están impresos. Establecí en México el Apartado en Campo Florido (que después compró a la compañía el señor Dupont), trabajando con ácido sulfúrico. Entre las obras grandes que se hicieron en las minas bajo mi dirección, se cuenta la canalización del tiro general de Rayas, obra de grande importancia y el restablecimiento del de San Miguel en la misma mina. En este período, compré por mi desgracia la hacienda de las Trojes, causa de todos mis atrasos.

En el mismo, comencé a administrar los bienes de la casa del Duque de Terranova y Hospital de Jesús. En un tumulto que se intentó promover en septiembre de 1823, para violar el sepulcro de Cortés e insultar sus huesos, hice se pusiesen éstos en salvo, excusando a la nación esta ignominia. Salvé a dichos bienes de los muchos peligros de que estuvieron amenazados, con cuyo motivo escribí una representación al Congreso llena de hechos curiosos y que no eran conocidos.

En el servicio del ministerio, trabajé mucho para darle al gobierno una organización regular. Fomenté los ramos de Ilustración y estando la Academia de San Carlos reducida a la nulidad, hice se le dieran fondos y teniéndolo todo combinado para que así se hiciere, salí del ministerio en aquellos días, con lo que ni las gracias me dieron los de la Academia, nombrando académico al oficial mayor de la Secretaría, que firmó las órdenes que yo dejé hasta redactadas. Igual gratitud he experimentado en todo.

La revolución de diciembre de 1828, decidió a mi suegro don Juan José García Castillo a irse a Europa y a mí a acompañarlo con toda la familia. ¡Ojalá lo hubiéramos hecho! ¡De cuantos

disgustos me habría yo librado! Su muerte acaecida el 8 de febrero de 1829, lo impidió, y yo me ocupé de los negocios de aquella casa, formando los inventarios y realizando los bienes, todo con tal desinterés, que ni a mí los derechos que me asignó el juez como contador cobré, y seguí sirviendo en todo a la señora viuda hasta su fallecimiento, sin cargarle nunca un real por comisión, ni otra gratificación.

La reacción que hizo el general Bustamante, dirigido por Facio (pues él no era capaz de nada), que se llamó el Plan de Jalapa, hizo que se me llamase a ejercer el Poder Ejecutivo con los señores Vélez y Quintanar, por algunos días y luego al Ministerio de Relaciones, para el que fui nombrado en 4 de enero de 1830. Continué en él hasta el 17 de mayo de 1832, en que me separé por efecto de la revolución promovida por el general Santa Anna y todo lo que hice en este período consta en la defensa que publiqué en la acusación dirigida contra mí y contra mis compañeros, que está impresa con todos sus incidentes, para alguna satisfacción de los insultos que los sublevados me prodigaban. El Congreso de Querétaro me nombró ciudadano benemérito de aquel Estado en 16 de abril de 1831.

Siguiose una época de persecución y desastres. Tuve que ocultarme en (...) de abril de 1833 para salvar mi vida, que indudablemente querían quitarme mis enemigos. La Dirección de la Compañía Unida la dejé desde principios de 1828, principalmente porque habiendo venido de Inglaterra muchos empleados ingleses, éstos no estaban bien conmigo y me causaron muchos disgustos. Los bienes del duque de Terranova, los usurparon los que gobernaban en 1832 y yo tenía que estar oculto dejándole pocos recursos a mi familia.

La revolución que de nuevo hizo el general Santa Anna, en 1837, me permitió salir del lugar de mi ocultación. Mi causa fue juzgada por la Corte Suprema de Justicia y fui absuelto.

Entonces volvieron nuevos favores de la fortuna, aunque tan inconstantes como antes. El Estado de Guanajuato me nombró diputado al nuevo Congreso que entonces se convocó, pero no llegué a ejercer por estar la causa pendiente todavía. En 12 de enero del año de 1836, falleció mi hermano el doctor Arechederreta. El gobierno me nombró en 30 de septiembre de

1836, plenipotenciario para arreglar las cuestiones con Francia y hacer un tratado de comercio, lo que no se verificó por las excesivas pretensiones del barón Deffondós, plenipotenciario de Francia, que dijo no podía desistir de ellas por estar prevenidas en sus instrucciones. Se me dieron otros encargos y se me hicieron varias consultas y por último se me nombró ministro plenipotenciario en Francia, no habiéndose verificado el viaje por la resistencia de mi familia, y es otra ocasión perdida de haberme librado de los pesares que he tenido. Fui nombrado también individuo del Consejo de Gobierno, Vicepresidente de éste, y se me incluyó en las ternas para Presidente de la República que formaron el Gobierno y el Congreso, habiéndome dado su voto el departamento de Monterrey. Mis servicios entonces eran apreciados; después ha venido una época de desgracia en que todo se ha olvidado.

En este mismo año de 1836, formé compañía para establecer la fábrica de algodón de Cocolapan, en Orizaba, con los tres Legraud hermanos, empresa de que me prometí grandes ventajas, y que las hubiera producido manejada por otros que los Legraud y si no se le hubiere dado tanta extensión. Trabajé también con empeño en el establecimiento de una fábrica de paños en Celaya, en donde también establecí una fábrica de mantas. El excesivo capital que estas empresas demandaron y los intereses con que tuve que tomarlo, me hicieron quebrar en mayo de 1841 y desde entonces no solo he tenido que renunciar a todas las esperanzas lisonjeras que tenía concebidas, sino que me he encontrado envuelto en mil pleitos y desazones.

Antes de este suceso había falleció la señora mi suegra y después aconteció la revolución de septiembre de 1841, en que tuve que dejar mi casa, sacando de ella a mi familia para ir a la de un amigo, en la calle de Celaya.

En este mismo período, desde 1834, restablecido al duque de Terranova en la posesión de sus bienes, me he ocupado de venderlos, sacando en su provecho ventajas de mucha consideración y por las que el duque me ha manifestado el mayor reconocimiento. He hecho restablecer el Hospital de Jesús, mejorado mucho su iglesia, provístola de ricos ornamentos y puesto el hospital bajo un pie de servicio que puede competir con los mejores del mundo. Cuando me encargué de su administración

había doce camas, hoy se mantienen de cuarenta a cincuenta enfermos y espero dentro de tres o cuatro años que habrá cien.

En diciembre de 1842, fui propuesto por la junta de industria de México, Director General de Industria y nombrado por el general Bravo; he organizado esta administración así como de el primer impulso, mientras fui ministro al restablecimiento de la industria, que después ha hecho tantos progresos.

En resumen, he servido a mi país con buen celo; le he proporcionado el restablecimiento de su minería, he dado existencia a su industria, he impulsado todos los ramos útiles; jamás he abusado de mi situación pública para enriquecerme, y por remuneración, he sido perseguido y se me ha quitado el empleo de consejero que se me dio con la calidad de perpetuo, único premio que había recibido por tantos servicios.

En lo particular y domestico, he hecho por mí mismo, la educación de mis hijos, sirviéndoles de preceptor y enseñándoles latín, griego, francés, italiano y otras muchas cosa útiles.

Dios quiera tratarme mejor que lo que lo han hecho los hombres.

Agosto 28 de 1843.

En un legajo en la alacena grande, están todas las certificaciones de estudios, pasaportes, títulos de nombramientos y comisiones honoríficas que he tenido, y en otro en el estante, otras varias noticias biográficas. En la misma alacena en otros dos legajos, están todas las noticias relativas a la familia.

Las obras que he escrito, tanto impresas como inéditas, están en el mismo estante y todo lo que hice imprimir y publicar en fomento de la agricultura y artes.

Mi defensa en la causa que se me formó en 1833 y otros impresos que con ella se hallan, dan idea de todo lo que hice estando en el ministerio.

México, junio 18 de 1850.

INDICE

Pág.

INTRODUCCION
Amor Mildred Escalante

BREVE SEMBLANZA DE
DON LUCAS ALAMAN
Manuel Leal

EPOCA DE LOS PRINCIPALES
SUCESOS DE MI VIDA
Lucas Alamán

Paleografía
Isauro Rionda Arreguín
Amor Mildred Escalante

Epoca de los principales sucesos de mi vida se terminó de imprimir el
los
Talleres Gráficos del
Gobierno del Estado de Guanajuato
en el mes de 2003.
El tiraje fue de 3000 ejemplares.

Guanajuato
GOBIERNO DEL ESTADO

Secretaría de Gobierno

EDICIÓN CONMEMORATIVA
2003
AÑO DE
DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA
PADRE DE LA PATRIA

ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE GUANAJUATO

Diseño de Portada: Georgina S. y Mildred F.